

TESTIMONIO DE PRIMAVERA ECLESIAL

Elvia Vallejo Villa

(Yolombó/Antioquia, 1940 -)



Si me tocará volver a nacer escogería la misma época. Nací en el año en que empezó la segunda guerra mundial y no llegué a un país en paz. No. Liberales y Conservadores se enfrentaban continuamente hasta derramar sangre y segar vidas. Lo que se convertía en un desfile fúnebre de todas las semanas en Yolombó el pueblo de Antioquia donde nació y viví mi infancia. Y la Iglesia callada, celebrando las misas en latín con el sacerdote de espaldas al pueblo. Sin embargo, ahí se estaba gestando otra época. Era el invierno que precede a la primavera...Sí, la frialdad de ese invierno empezó a ceder el paso a la primavera. Un anciano insospechado, Juan XXIII, sucedió en el trono de San Pedro al Papa Pío XII y lo que nadie se esperaba... lo primero que hizo fue convocar el Concilio Vaticano II que renovó la Iglesia en algunos aspectos principalmente el eclesiástico y el litúrgico. Empezamos a respirar un aire nuevo. El sacerdote empezó a celebrar la misa en español, abandonó el púlpito y su homilía adquirió un tono más dialogante y fraterno, la comunión la hacíamos recibiendo la hostia en la mano. Si bien estos cambios eran importantes, todavía faltaba llegar a lo esencial... Entonces, con el fin de adaptar las decisiones del Concilio a América Latina se celebró en Medellín la II Conferencia de Obispos de Latinoamérica en 1968. Gustavo Gutiérrez, sacerdote peruano, ya había dado a conocer el prólogo y el primer capítulo de su libro *“Teología de la Liberación”*. Esta corriente teológica fue como el sol que dio nacimiento a la primavera eclesial. Entonces la Iglesia miró hacia abajo y allí vio el rostro de Jesús en los pobres y el Espíritu la llevó a hacer la opción por los pobres, opción que marcaría su caminar en adelante y que daría inicio a la época primaveral. Muchas religiosas dejaron a las seglares en sus colegios de clase alta y se fueron a los barrios marginados donde iniciaron un apostolado

nuevo como correspondía al haber cambiado el catecismo del padre Astete por el Evangelio de Jesús.

Yo, mujer..., viviendo en Medellín me pude asomar a ese aleteo del Espíritu Santo porque la Compañía de María, comunidad a la que pertenecía, estuvo presente en el Seminario Mayor, lugar donde se realizó la II Conferencia, desempeñando tareas de mujer. La Hermana María Agudelo era secretaria y las otras se encargaban de barrer, trapiar, tender camas, lavar baños... Yo me negué a participar en esas tareas, pensaba que cada Obispo podía tender su cama y hacer el aseo de su cuarto. Para la ceremonia de clausura toda la Compañía fue invitada y ahí estuve yo. No recuerdo muchos detalles de esa ceremonia pero sí recuerdo que fue muy motivante para leer los documentos que de allí salieron. Y los leí todos y empecé a vivir en primavera eclesial. Cuando menos lo esperaba me mandaron a Francia a estudiar Teología pero primero tenía que estudiar francés aquí en Medellín. En esas estaba, cuando un día me llama la Superiora a decirme que escogiera entre la Teología de Francia o el trabajo con los indígenas del Perú. Pues claro que escogí el Perú. Y me fui a Lima donde estuve un año como profesora en un colegio de un barrio pobre. Ahí empecé a saborear la Primavera Eclesial entrando en relación no solo con sacerdotes sino también con universitarios que estaban llevando a la práctica la Teología de la Liberación a través de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos UNEC, entre ellos estaba el joven Carlos Castillo hoy arzobispo de Lima. Sí, todo esto estaba envuelto en un aire primaveral pero me esperaba algo mejor. Las mejores flores de primavera eclesial estaban a 4.000 metros de altura en la sierra andina. Para allá me fui primero a un pueblo no tan alto llamado Andahuaylas donde la Iglesia no había tenido primavera a causa de su Obispo que era un español del Opus Dei. Por supuesto que allá duré muy poco, el Obispo me echó y las otras tres monjas de la comunidad no esperaron a que las echara, sino que salimos todas a buscar una mejor parcela en el Departamento del Cuzco. Un buen Obispo, carmelita canadiense, Albano Quinn, nos entregó una parcela de su Diócesis en un pueblito indígena llamado Langui. Cinco Diócesis que conformaban el Sur Andino del Perú nos unimos en una pastoral de conjunto andina y primaveral con un apoyo teológico de liberación orientado desde el IPA Instituto de Pastoral Andina de Cuzco bajo la dirección de Padres Dominicos franceses. Varias veces nos visitó el Padre Gustavo Gutiérrez que se iba a nuestra casa cuando quería descansar.

Allí pues en Langui viví mi Primavera Eclesial. Y esa experiencia ha seguido inspirando mi vida en las distintas parcelas del Reino donde he estado. Tuve que salir del Perú por asuntos del clima, mis bronquios no resistieron los cero grados de temperatura en un pueblito sin luz eléctrica ni calefacción. Me vine a Colombia donde la Superiora me recibió con miedo. Era enemiga de toda la corriente liberadora de Iglesia de ese momento, no me asignaron ningún trabajo ni en los colegios ni en las obras pastorales. Hasta que, a los seis meses, no sé con permiso de quién me fui a Buga a participar en el encuentro de Comunidades Eclesiales de

Base CEBs. Ahí se creó la Coordinación Nacional de las Comunidades Cristianas Campesinas CCC. Jorge Arango S.J. y yo fuimos nombrados Coordinadores Nacionales de las CCC. Me dediqué a esa labor viajando por todo el país. El Centro de Investigación y Educación Popular CINEP apoyó mucho nuestro trabajo y ahí conocí a Luis Carlos Bernal, con quién me casé en 1985 y nos fuimos a vivir a San Vicente de Chucurí donde di continuidad a mi trabajo con las CCC. En esa hermosa experiencia estuve cinco años. De ahí pase a Ibagué a trabajar en la Aldea de Niños SOS. Estando ahí nos llamaron de Cali a trabajar en las comunidades rurales del norte del Cauca con la Corporación de Estudios Interdisciplinarios y Asesorías Técnicas CETEC, experiencia que duró siete años y nos dejó gratos recuerdos. En el 2000 decidimos que no trabajábamos más. Volvimos a Antioquia y nos establecimos en el municipio de Copacabana donde todavía vivimos. Con los vecinos y vecinas creamos una Comunidad Eclesial de Base siguiendo la metodología del padre Antonio Pagola. Esta Comunidad duró hasta cuándo empezó la pandemia del COVID 19. Y aquí estamos sin pandemia y sin Comunidad Cristiana en muy buenas relaciones con los vecinos y vecinas viendo a Jesús en cada hermano y hermana y alimentando esta experiencia con la participación en la Eucaristía de la Parroquia hasta cuándo Dios nos llame.



www.kaired.org.co

Elvia Vallejo Villa

Educadora

e-mail: elviaensolyrio@yahoo.es